
CAPÍTULO XXIII

SUMARIO

Mirada retrospectiva y ampliación á la Edad Antigua de la Historia de la Eucaristía.—**302.** El Sacrificio de la Misa celebrado por los apóstoles: 1.º en todo tiempo: 2.º principalmente en la ordenación de ministros sagrados. Iglesias fundadas por los mismos.—**303.** Santiago y S. Pablo en España.—**304.** Propagación del Evangelio y fundación de iglesias cristianas en todo el mundo conocido.—**305.** Persecuciones; intervalos de paz; tiempos permanentes de tranquilidad; invasiones que sufrió la Iglesia en la Edad Antigua.

No todo cuanto se propone consignar el historiador en el cuerpo de su obra acierta á insertar; unas veces por fragilidad de la memoria, y otras por no haber llegado con tiempo á sus manos algunos útiles y necesarios documentos, se le escapan hechos que no pueden menos de ser referidos para dar realce á los puntos que trata, por cuya razón, sucediéndome á mí lo propio, debo en los tres últimos capítulos de las edades, antigua, media y moderna llenar el vacío que pudiera notarse en el cuerpo de la Historia Eucarística.

302. Después que Nuestro Divino Salvador cumpliera la promesa de enviar el Espíritu Santo, los Apóstoles, sobre quienes había descendido, empezaron á cumplir la misión á ellos confiada.

S. Pedro celebró el Santo Sacrificio en Roma en un altar que se conserva en la Basílica Lateranense. En Antioquía celebró igualmente, aun cuando no queden vestigios de altares ó vasos sagrados que él empleara para la celebración.

S. Andrés, hermano de S. Pedro, luego de haber recorrido la Escitia, Tracia, Capadocia, Epiro, Galacia y Bitinia, esparciendo la semilla del Evangelio y el buen olor de sus virtudes, vino á Patras de Acaya, donde, confesando á Jesucristo Sacramentado, recibió la palma del martirio. El suceso se verificó de este modo: Era entonces Egeas, procónsul de Acaya, quien, irritado por la conversión de muchos de sus conciudadanos al Cristianismo, contradecía y aún resistía á la predicación evangélica, por lo cual S. Andrés le reprendió severamente, diciéndole, que no era lógico tenerse por juez de su pueblo, y empeñarse en desconocer á Cristo Dios, juez de todos los hombres. Al escuchar Egeas semejantes palabras le reconvinó y le propuso los últimos medios de apostasía, á saber: que adorara á los dioses y les ofreciera incienso. No pudo detenerse por más tiempo San Andrés, y así le dirigió estas palabras: «Yo inmolo cada día al Omnipotente Dios, que es uno y verdadero; no las carnes de los toros, ni la sangre de los cabritos; sino al Inmaculado Cordero en el Altar, Cristo Jesús, cuya carne después que el pueblo de los creyentes la ha comido, el Cordero que ha sido sacrificado, permanece íntegro y vivo.» ¿Queremos otra apología más bella de la Eucaristía y del uso que de ella hacían los cristianos?...

El orden Episcopal en Asia tuvo por autor al apóstol S. Juan (1). Ahora bien; según vimos anteriormente, los apóstoles no acostumbraban ordenar y consagrar fuera de la Misa; luego era preciso que S. Juan para ejercer semejantes funciones, celebrase el Santo Sacrificio.

Á S. Felipe cupo el honor de predicar en Escitia y en Hierápolis de Frigia donde padeció el martirio; de este santo, dice Metafraste, (2) que ordenaba sacerdotes y edificaba

(1) Tertuliano, in Marc., cap. 6.

(2) Vita S. Philip.

altares en muchos pueblos para que fuese celebrado el Santo Sacrificio; enseñaba al mismo tiempo á los gentiles que dejasen de ofrecer á los dioses víctimas cruentas, y que en su lugar inmolasen al Dios verdadero la Víctima incruenta de su Hijo Jesucristo, con lo cual lograba atraer al redil de su Divino Maestro muchísimos infieles. Si entre éstos había algunos que adelantaban en lo concerniente á la Fe Católica, les preparaba para ordenarlos, y luego que estaban dispuestos, los hacía sacerdotes (1). Juntamente con S. Felipe iba S. Bartolomé, quien ejecutaba, sin duda alguna, los mismos ministerios.

Había jurado Santiago el Menor—después que supo la resurrección de Jesucristo—no comer cosa alguna hasta que viera á Éste resucitado; y queriéndole recompensar el Señor un deseo semejante, se le apareció después que se mostrara á su Santísima Madre, (2) á las tres Marías y á José de Arimatea, diciéndole: «Santiago, ya tienes cumplido tu deseo;» y tomando el pan, bendiciéndolo y partiéndolo como lo había ejecutado en la noche de la Cena, se lo dió, diciendo: «Toma el pan, y cómelo, porque ha resucitado el Hijo del Hombre de entre los muertos.» He hecho mención de este suceso, porque es muy probable que el Redentor diese en semejante ocasión no un pan común, sino su propio Cuerpo, según las razones que dejamos apuntadas anteriormente. S. Jerónimo afirma que Santiago el Menor fué consagrado obispo por los demás apóstoles; y aquí tenemos otro nuevo uso de la Eucaristía como Sacrificio. Dicho Santiago fué primer obispo de Jerusalén, en cuya ciudad sufrió el martirio, siendo precipitado de lo alto de un monte por los judíos, á quienes no cesaba de predicar á Jesucristo. De S. Mateo, S. Judas, S. Simón Cananeo, Santo Tomás y S. Matías no poseemos datos particulares en cuanto á nuestro objeto; sólo diré de los dos primeros «que profesaban especial amor á Jesucristo,» por cuya razón, no es posible que dejaran de celebrar el Santo Sacrificio, habiéndolo mandado su

(1) Manuscrit. Griego.

(2) Apost. I ad Cor., v. 7.

Divino Maestro. S. Judas Tadeo recorrió con su predicación la Arabia y la Idumea, y es muy probable que predicara también en la Mesopotamia y Persia, y S. Simón Cananeo anunció la divina palabra en el África, Libia y Mauritania; ambos padecieron el martirio, siendo el primero aserrado por medio, y el segundo degollado. Santo Tomás predicó en los partos, medos, persas, hircanos y bactros, siendo finalmente asaeteado. S. Matías estuvo algún tiempo en la Judea y pasó luego á Antioquía, siendo apedreado como blasfemo por mandato de Anano, quien le hizo cortar la cabeza.

303. Reservado y distinguido lugar pertenece escoger para Santiago el Mayor, hermano de S. Juan. Nadie ignora que aquel varón benditísimo, ansiando difundir la luz de Jesucristo en los extremos de los países occidentales, pasó á España, y como prueba ineludible de su fervorosa predicación conserva la Iglesia de Zaragoza el celeberrimo monumento del Pilar, donde la Virgen Santísima, apareciéndose en carne mortal al referido Apóstol, que se hallaba á la sazón orando con sus discípulos, dejó como prenda de su afecto á los cristiano-hispanos su veneranda imagen llamada de la Columna. La misma Señora mandó á su discípulo, que, en testimonio de gratitud, le erigiese un templo en el mismo lugar de su aparición; y con efecto, un humilde oratorio de ocho pasos de longitud, levantado en el sitio designado, es la floreciente cuna de una dilatada Iglesia cristiano-española, quizá la primera de nuestra Península. Sin duda los prosélitos que adquiriera Santiago quedaron en Zaragoza para desarrollar la semilla evangélica, y el santo, en alas de su ardiente celo, recorre el norte de España, se interna en Galicia, llega á Padrón, (1) y allí fija el teatro de su predicación sagrada; instituye nuevos discípulos; funda iglesias; escoge compañeros fervorosos; y Atanasio y Teodoro quedan en Galicia, mas Torcuato, Tesifonte, Segundo, Cecilio, Indalecio, Esicio y Eufrasio, juntos con Santiago pasan á Judea, en la que, siendo orde-

(1) Aún se conserva el lugar donde el santo celebraba el Sacrificio de la Misa.

nados de obispos por S. Pedro, y presenciando luego el martirio de su santo maestro, recogieron secretamente su cuerpo y, viniendo á Galicia, lo depositaron en Iria Flavia (1). Santiago, como afirma S. Isidoro, (2) predicó y fun-

(1) Por datos suministrados en la preciosa *Memoria* (Páginas 13, 16 y 17) que el Rvdo. P. Plácido A. Rey Lemos presentó al 2.º Congreso Eucarístico nacional, debemos hacer constar que los bienaventurados discípulos de Santiago el Mayor, de vuelta á Galicia con el santo cuerpo de su apostólico maestro, al llegar al lugar citado, encontraron una cueva ó cripta y, derribando un ídolo que allí estaba, la ensancharon, construyendo en ella un sepulcro de piedra en el que depositaron el venerando cadáver del Apóstol, sobre el cual mausoleo levantaron una capillita donde celebraban los divinos oficios y la santa Misa. El ara ó altar de la capilla referida muéstrase hoy en el monasterio benedictino de Antealtares de Santiago de Compostela; y como asegura el R. P. antes citado, «es de mármol blanco; mide ochenta y nueve centímetros de longitud por sesenta y siete de latitud, y siete milímetros de grueso ó espesor. Su primitivo destino fué servir de lápida funeraria en un sepulcro, al parecer pagano, como lo atestiguaba una inscripción que en ella se leía hasta principios del siglo XVII según la cita Castellá y Ferrer (Historia del Apóstol Santiago). Hela aquí:

D. M. S.
ATL. AM. OETAT
TETLVM. PS. A
VIRI. AEMO
NEP. TISPIANOXVI
ET S. F. C.

La tradición de que nos ocupamos, prosigue dicho P., encuéntrase consignada en la columna semicilíndrica que servía de sustentáculo al ara, la cual fué trasladada con ésta al monasterio de Antealtares en el siglo XI por el abad Fagildo, gloria de aquella casa. En dicha columna por su parte plana léese la siguiente inscripción que fundadamente se supone grabada de orden del mismo Fagildo:

CVM : SANCTO
JACOBO : FVIT : HEC : ADLA
TA : COLVMNA : ARAQVE : SCRIBITA :
PTA : SIMVL : QVE : SVPER : EST
POSITA : CVIVS : DISCIPVLI : SACR
ARVNT : CREDIMVS : AMBAS : AC
EX : HIS : ARAM : CONSTITVE
RE : S U A M

El ara en cuestión, advierte el referido autor, si bien dedicada por los discípulos de Santiago, no fué el primer altar sobre el que aquéllos celebraron el Sacrificio, sino otra que, con bastante fundamento, se supone ser el que poco ha se encontró en la Cripta de la Basílica Compostelana; está formado por una columna con una lápida muy pequeña encima, á la manera de nuestros veladores. Tal vez sobre este altar primitivo colocaron los mismos discípulos el ara de que hemos hablado, apoyada por la parte anterior sobre la columna de que también dimos cuenta».

(2) De vita et morte SS.

dó iglesias, además, en otros lugares del Occidente; pero respecto á sus discípulos, Torcuato regentó á Guadix, Segundo á Avila, Indalecio á Mojácar, Cecilio á Elvira ó Granada, Ersicio á Carteya y Eufrasio á Andújar, en cuyos puntos y sus cercanías predicaron, fundaron iglesias y dejaron sus venerandas cenizas.

Trabajos del Príncipe de los Apóstoles fueron la introducción del Evangelio y creación de templos sagrados en Jerusalén, Antioquía, Ponto, Capadocia, Galacia, Asia, Bitinia y Roma. S. Pablo, el incansable apóstol convertido, predicó y fundó iglesias en Arabia y Damasco; juntamente con S. Bernabé, hizo otro tanto en Antioquía, donde atestiguan las Actas, que celebraron el Sacrificio de la Misa; también introdujo el evangelio en Chipre, Paphos, Panfilia, Pisidia, Iconio, Licaonia y Atalia. Al separarse Pablo de Bernabé y escoger por compañero á Silas, se internó en el Asia Menor. Luego adoptó también por discípulo á Timoteo, con quienes arraigó la palabra divina en Frigia, Galacia, Misia y Troade, en la que á su segunda visita, refieren las actas, celebró el Sacrificio. Macedonia, Philipos, Amphipolis, Apolonia, Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto, Éfeso, Asson, Samos, Mitelene, Mileto, Malta y Roma, fueron asimismo el teatro de su predicación y de sus fundaciones, viniendo luego á España, según lo asegura dos veces en su carta á los Romanos (1); y por cierto, según una tradición del todo acreditada, Tarragona conserva aún la piedra donde S. Pablo, á causa de su corta estatura, solía subir á predicar. Asimismo predicó en muchos lugares de la España Septentrional; luego pasó á Creta, donde dejó á su discípulo Tito.

La parte central y meridional de España fué catequizada por los discípulos de S. Pedro y S. Pablo, enviados por éstos al propio fin: así que algunas ciudades conservan por tradición el nombre del fundador de su respectiva Iglesia. Pamplona celebra á S. Saturnino, enviado por S. Pedro á

(1) Cap. 15, v. 24 y 28.

Tolosa de Francia, de donde pasó á Pamplona; Évora á S. Mancio, discípulo del Salvador. Algunas iglesias de Francia tuvieron también el honor de contar por fundadores á discípulos del Señor. Lo que hay que observar en esta parte es, que la semilla evangélica, antes de espirar algunos de los Apóstoles, se había extendido ya por todo el mundo conocido: por Europa y Asia, mediante la predicación ejercida en los lugares que hemos indicado; por el África, mediante la que fué introducida en el Egipto; y por la América, según existe tradición, á impulsos de Santo Tomás. El nombre de Cristo era proclamado en la mayor parte de sus pueblos, y el Sacramento de la Eucaristía, principal sostenedor del fervor cristiano, se celebraba unas veces pública, otras secretamente, según las circunstancias de la persecución ó de la paz lo permitían. Por Él se edificaban las modestas capillas y las suntuosas iglesias; por Él pronunciaban la celestial palabra los predicadores; por Él perseveraban los nuevos convertidos; á Él acudían todos los días para recibirle; á Él se acogían, en fin, los cristianos en todos los trabajos de su vida.

304. ¿Á quién no maravilla, en efecto, observar la multitud de iglesias que por vez primera se fundaron por doquiera, durante el segundo y tercer siglo, debido al fruto de los misioneros apostólicos y evangélicos? En Asia, las de Edesa, Amida, Nísibe, Armenia, Seleucia, Arabia Feliz y Petrea y Persia brillaban por su puro Cristianismo; en Africa, las florecientes Cartago, Numidia y Mauritania produjeron tantos varones ilustres por su virtud y ciencia; en Europa, Italia pudo admirar á las de Rávena, Fiésola, Milán, Aquileya, Bolonia, Apulia, Benevento, Capua, Palermo, Nápoles, Siracusa, Pisa, Florencia, etc., etc. pues cada una de éstas venera á sus fundadores; Francia ostenta como de las primeras á Lión y Viena; y más tarde, á mitad del siglo III, el papa S. Fabián envió obispos á Arlés, Tolosa, Narbona, Clermont, París y Limoges, los cuales sembraron en estas ciudades la semilla evangélica. Por los años 258, S. Sixto II mandó misioneros á diferentes regio-

nes, principalmente á las Galias, que vió fundar rápidamente las iglesias de Marsella, Nantes, Reims, Vaisson y Burdeos. Las dos Germanias contemplaron también á las iglesias de Tréveris, Metz, Colonia, Tongres, Espira, Maguncia, Petavia, Loch y Hamburgo; los godos pudieron asimismo profesar su fe cristiana en algunas otras contenidas en la Mesia y Tracia. Asegúrase que Lucio, rey de la Inglaterra sometida á los romanos, solicitó misioneros al papa S. Eleuterio, quien le envió á Ingario y Damián; así que los britanos tuvieron iglesias en Londres, Lincoln y algunas otras ciudades; y mucho tiempo después, en 431, las gozaron en Irlanda, merced al celo de S. Celestino I que envió á ella á S. Paladio y luego á S. Patricio. Finalmente, España pudo presentar un crecido número de iglesias, que se expresan terminantemente en el Concilio de Elvira, por haberse congregado en él sus prelados y presbíteros. Ellas son por su orden de inscripción: Guadix, Córdoba, Sevilla, Martos, Cabra, Cazlona, Guardia—junto á Jaén,—Granada, Garbanzo—cerca de Muzajar,—Mérida, Zaragoza, Toledo, Estoy—junto á Faro,—Lorca, Málaga, León, una ciudad ignorada de la Bética, Évora y Baza. Hasta aquí las de los obispos que asistieron: mas las pertenecientes á los presbíteros, que quizá acudieron también al Concilio, por comisión de sus ordinarios, fueron Épora, Ursona, Iliturgi, Carula, Advigi, Ateva, Accinipo, Lauro, Barba, Segalbina, Ulia, Gemela, Drona, Baria, Solía, Ossigi, Cartago, Municipio y muchas más, cuyos prelados no asistieron, pero que ciertamente consta que eran episcopales. En todas estas iglesias del orbe conocido y un número mayor de las que hemos nombrado, unas por ignorarse y otras por estar enclavadas en los términos de las episcopales, se daba culto espléndido á Cristo Sacramentado. Si recordamos el testimonio de S. Ireneo y el de Tertuliano, nos asombraremos al oír de sus sagradas bocas que el mundo entero, incluso los bárbaros, godos é íberos, estaba á últimos del siglo II poblado de cristianos; no había pueblo importante, hablando en general, en que no se elevase la sagrada Hostia por